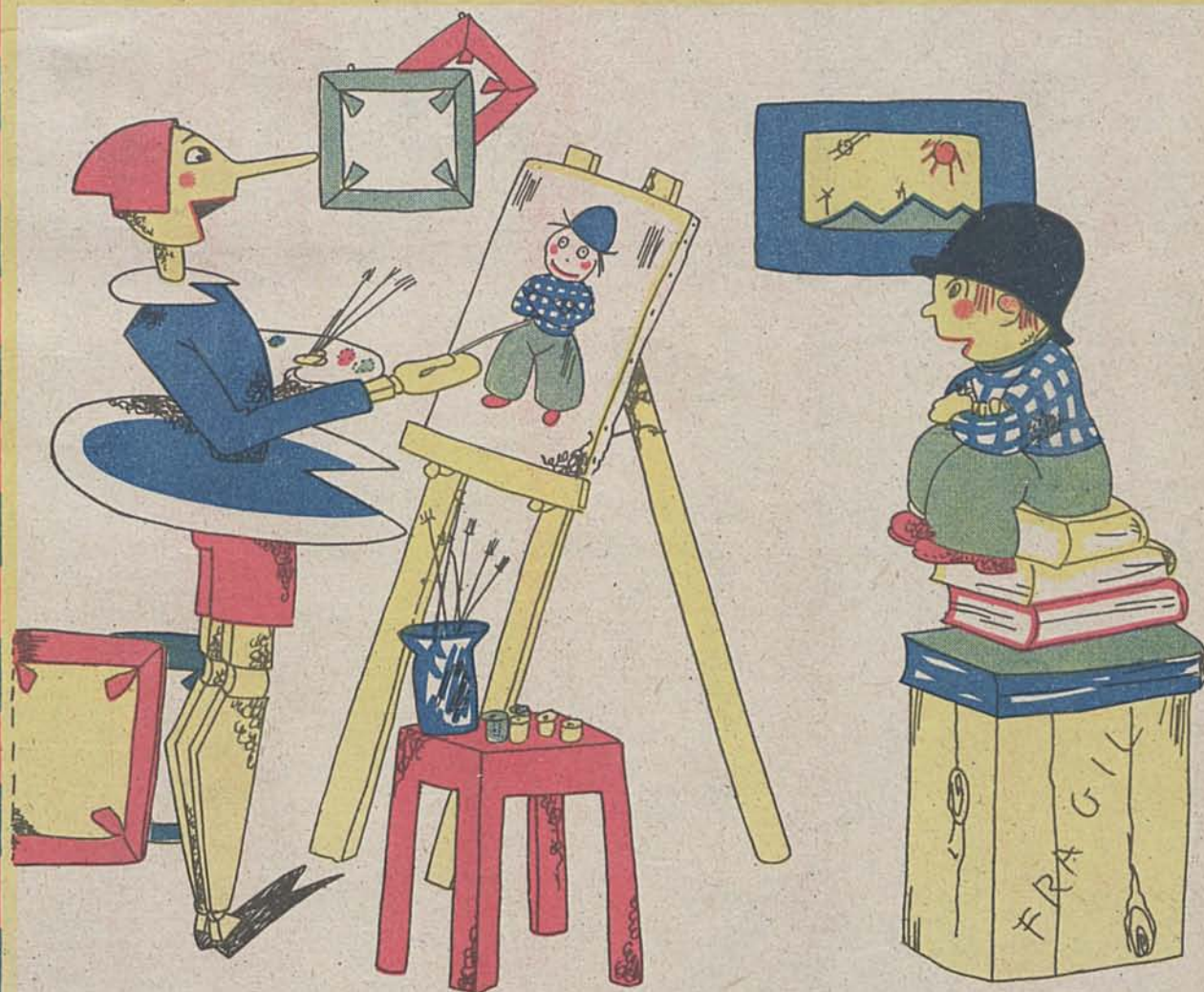


PINOCHO

AÑO VI
NUM. 263

25 cts

2. MARZO
1930



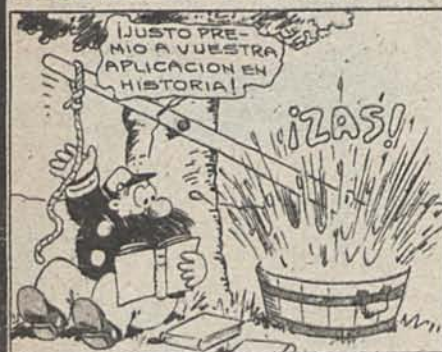
- ¡OYE PINOCHO, DEBÍAS PINTARME EN GLOBO!
- ¿PARA QUÉ?
- PARA QUE DIJERA LA GENTE ¡COMO HA SUBIDO ESTE CHICO!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR C. GIOVANNI Y S. M. BARBIERI

(Continuación)

lámparas colocadas al lado de las mesitas de bambú dispuestas en el atrio con su círculo de butacas y de sillas. Quedé agradablemente sorprendido al encontrar también una carta de Ralph, encerrada aun en su sobre de origen. La guardé en el bolsillo de mi sobretodo y salí pensando en leerla en cualquier lugar tranquilo antes de entrar en el teatro.

Dí un vistazo al *Ciro's bar* donde se daban cita en las primeras horas de la noche los habituales colegas para cambiar cuatro palabras, y luego me metí en el Casino. La *Sala de los Pasos perdidos* estaba a aquella hora casi vacía. Por las puertas abiertas y guardadas por majestuosos porteros galoneados, llegaban de la vasta sala de juego las monótonas voces de los *croupiers* acompañadas del tintineo del oro y de los golpes cautos y sagaces de las raquetas. De vez en cuando aparecía un jugador, elegantísimo en su impecable frac; enseñaba al guardián la ficha exagonal, y entraba. Yo me senté en uno de los divanes, vuelto de espaldas a la sala infernal, y me puse a leer la carta que tanto me interesaba.

«Shangai, 21 de enero.

»Queridísimo Franco:

»He aquí mi tercera carta, que es algo más consoladora que las otras.

»Me remito a la última, en que te contaba mis increíbles aventuras en el viejo país de los Vedas. Recordarás cómo te la escribí en la cárcel, guardado a la vista por dos *cipayos*, y recordarás también cómo el abogado Lauswert,

mi defensor, me había asegurado que mi prisión no duraría más de una semana.

»Pues bien, no! Los jueces no diputaron suficiente, los testimonios del fondista, del médico de Delhi y del capitán Yopling, y pretendieron ni más ni menos que esto: que sir Dalborough, el director de mi periódico, viniera en persona de Londres a atestiguar que yo era efectivamente Ralph Hodgsonfield, corresponsal-viajante de la *British Life*. Tal pretensión me pareció exorbitante y cuando menos inútil, y no acertaba a persuadirme y mucho menos a acomodarme a ella, con tanto más motivo cuanto que, si bien el nombre de Segismundo Kōwaes no había sido nunca pronunciado durante los debates, parecía convicción general que el autor de un robo tan maravillosamente preparado y ejecutado no podía ser nadie más que él, y la opinión de las autoridades judiciales y del público respecto a mí había ido cambiando en forma favorable. Y lo extraño del caso era el hecho de que mientras antes el ser yo el periodista Hodgsonfield implicaba naturalmente mi culpabilidad, ahora llegábase incluso a poner en entredicho mi identidad; y la certidumbre absoluta de que yo fuese en efecto... quien soy, habría bastado para acarrear mi absolución.

»En suma, para abreviar, tuve que resignarme a otro mes de prisión preventiva.

»Por fin, el 5 de diciembre, mi abogado me anunció que sir Delborough había llegado, pero que aun no le era permitido verme. El 8 se decidió ampliar la instrucción; el 9 se celebró el careo entre el director y yo; el 16 tuvo lugar la vista, y el 17 ¡bajo los favorables auspicios de Brahma y de Visnú! fui absuelto.

»Pasé a las oficinas de la Cancillería donde firmé el enterado de mi absolución y donde se me entregaron los papeles y el dinero que,

dirigidos a mí, habían llegado durante el curso de mi encarcelamiento; y al fin pude salir de las tétricas salas de aquel infausto Palacio de la Justicia burocrática. En el vestíbulo fui festejado y felicitado por muchos colegas que habían acudido para asistir a la última fase de mi enojosa aventura judicial, y con mucho trabajo pude a la postre escapar, arrastrado del brazo del excelente sir Dalborough y de aquel otro buen amigo, amigo para toda la vida, el abogado Lauswert.

»Pero no bien fuera del Palacio de Justicia, sobreviene otra sorpresa. La sorpresa consistía en un magnífico automóvil pintado de gris y en un viejo indio que montaba la guardia, tieso, junto a él, como esperándome, solemne y majestuoso en su casaca toda oropeles y bordados, sobre la que caía, como una cascada de plata, la más hermosa barba blanca que había visto en su vida. Este fastuoso representante de la opulencia indiana movióse hacia mí encuentro apenas nos vió traspasar los umbrales del templo de Temis, y después de hacer con la cabeza un gesto de saludo, se volvió hacia mí preguntando:

«—Usted es el señor Ralph Hodgsonfield ¿no es cierto?

Yo, que casi por espacio de dos meses había sido perseguido y acosado a preguntas precisamente por razón de mi inocentísimo nombre, no supe contener la más legítima de las indignaciones al verme una vez más intimado a declarar la autenticidad de mi persona y de mi estado civil.

«—¡Que sí! ¡que sí! ¡que sí!—le disparé a la cara a aquel imponente señor indiano, que retrocedió un paso, sorprendido y temiendo tal vez que los dos meses de cárcel me hubieran vuelto loco de atar—¡Soy Ralph Hodgsonfield, el periodista Hodgsonfield! Pero ¿hay alguien todavía en Calcuta y hasta en la India entera que no esté aun convencido de ello? ¿No lo he dicho, repetido, gritado en todos los tonos que me consiente mi aparato vocal, un centenar, un millar, un millón de veces? Y ya que esto no

ha bastado, ¿no ha venido exprofeso de Londres el director de mi periódico a asegurarlo en forma que no puede admitir duda? ¿Y aun tiene usted valor para preguntarme si soy yo Ralph Hodgsonfield?

»Sir Dalborough y el abogado se desternillaban de risa ante aquel irrefrenable desahogo. El anciano indio no se mostró ofendido poco ni mucho; y cuando yo callé, se me acercó sonriendo bonachonamente:

«—Excúseme usted—dijo—Mi pregunta no era sino una de las acostumbradas fórmulas convencionales con que se aborda a una persona a la que nunca se ha dirigido una palabra o un saludo. Yo sé perfectamente que usted es,—No repetiré su nombre para que otra vez no se le suba la mosca a la oreja...—y estoy aquí para comunicarle que en mi casa le espera una persona que envía a usted su amigo Mandiguét para transmitirle noticias de gran importancia.

»Mi cólera cedió al instante.

«—¡Cómo!—pregunté ansioso—¿Una persona de parte del señor Mandiguét?

«—Precisamente. El enviado se encuentra en mi casa, y yo estoy aquí para reclamar el honor de tenerle a usted por huésped estos días.

«—Gracias—repliqué yo, un poco embarazado—. ¿Quiere usted decirme su nombre?

«—¡Ah...! dispénsame. Parte por impaciencia mía, y parte por la andanada de usted, he olvidado decírselo a usted antes. Soy Nurah-Kandiber, el banquero Nurah-Kandiber.

«—Al oír este nombre, el abogado Lauswert se inclinó obsequioso:

«—No le había conocido a usted príncipe. Yo soy el abogado Lauswert.

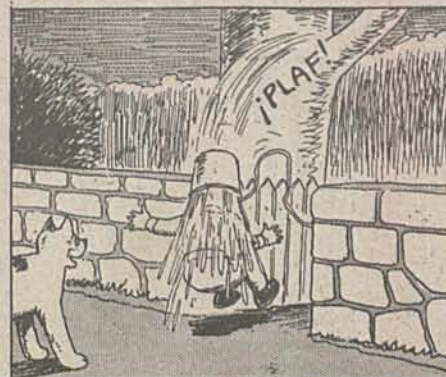
»También sir Dalborough fué presentado al banquero indostánico. Después de lo cual, no vacilé en aceptar la hospitalidad que se me ofrecía con tanta gentileza.

«—¿Estos señores—aventuré—pueden venir conmigo?

«—Naturalmente. Eso será para mí un triple honor.

(Continuará en el número próximo).

ANITA BUEN- CORAZON



LA ESTRELLA ERRANTE

(Continuación)

a las islas Sandwich. Si alguno de ustedes no está decidido a seguirme, debe decírmelo antes de que ponga la proa de mi aeronave hacia Occidente.

Los cinco millonarios se miraron consternados. Probablemente todos ellos, ahora que el entusiasmo comenzaba a ceder, hubieran preferido encontrarse en sus moradas suntuosas, sentados cómodamente en una blanda poltrona, ante una mesa bien servida; pero no tenían el valor de confesarlo. No era aquel momento adecuado para mostrarse acobardados, cubriéndose de ridículo.

Sus paisanos se reírían de ellos con toda su alma si los vieran regresar. No, era demasiado tarde para arrepentirse.

—Señores—dijo James Kroc, el más rico y a la vez el más viejo de los cinco millonarios—, no sé lo que nos espera, ni si llegaremos vivos a las costas de Asia; pero estoy cierto de que ninguno de nosotros querrá quedarse.

No teman ustedes—respondió el comandante—. Ya han podido ver cómo maniobraba mi aeronave, y pueden estar seguros de que llegaremos sanos y salvos a las tierras del Celeste Imperio.

«Daremos al mundo la certidumbre de que es posible atravesar los océanos con absoluta seguridad, y demostraremos que hoy está resuelto el difícil problema de la navegación aérea, gracias a los americanos».

—¿Nos quiere usted decir al menos qué clase de máquina

emplea para mover las hélices y desarrollar la fuerza necesaria para elevar un huso de metal que debe de pesar enormemente?

—¿Y que no despidе humo, ni consume carbón, por lo visto?—añadió Jaime Berthon, el opulento armador.

—Es un secreto que de momento no les puedo descubrir enteramente—respondió el aeronauta—. Puedo decirles tan sólo qué gas da fuerza a mi máquina.

—¡Un gas!—exclamaron los cinco millonarios, estupefactos.

—Sí, señores. Mi máquina no está movida por la electricidad, como acaso pudiera suponerse al no ver salir humo de las válvulas ni de los tubos, ni materia alguna combustible. He utilizado solamente hidrógeno líquido, después de haber conseguido almacenarlo en cilindros de acero de incalculable resistencia. Esto es todo.

«Este descubrimiento, recientemente, de la liquidación del hidrógeno, me ha proporcionado la fuerza necesaria para imprimir a mi máquina una potencia hasta ahora desconocida, y a mis hélices una velocidad verdaderamente fantástica.

»Si Santos Dumont y los demás, en vez de sus motores de petróleo o de bencina, hubieran utilizado la fuerza expansiva del hidrógeno líquido, acaso hubieran logrado resolver el problema ya viejo de la navegación aérea.

»Y ahora, señores, vamos a atravesar el inmenso Océano





Pacífico. Les prometo que, si no ocurre ningún incidente, no tardaremos más de cinco días en llegar a nuestro destino».

Dicho esto, inclinóse sobre la barandilla y mostró a los cinco millonarios, que no salían de su asombro, el puerto de San Francisco, tan pequeño ya que semejaba un estanque perdido en la costa. La ciudad no se distinguía a la sazón.

—¡Es increíble!—exclamó el armador—. Hubiera jurado que aun estábamos encima de la bahía.

—Llevamos la marcha de un tren expreso, señores —dijo el comandante—. Nuestras hélices de popa nos empujan, mientras nos sostienen en la altura las que funcionan horizontalmente.

»Las alas de un águila o de un cóndor no funcionarían mejor, y todo esto lo debemos a la energía inmensa que desarrolla el hidrógeno, siete veces superior a la que podría suministrarlos una máquina de vapor de veinte caballos.

«La frase «más pesado que el aire» no existe ya para nosotros».

LA ESTRELLA ERRANTE ideada por aquel americano se conducía mejor que un tren. Avanzaba segura, sin sobresaltos ni ruido, obedeciendo a las más insignificantes variaciones del inmenso timón, gobernado por el negro.

La costa de California había desaparecido en el horizonte, y el océano se extendía en toda su inmensidad ante los aeronautas. De vez en cuando aparecía un barco, y al ver aquel monstruo desconocido surcar el espacio con la velocidad de un alción, disparaba un cañonazo, sin llegar a suponer que pudiera tratarse de una aeronave tripulada por seres humanos.

A las ocho de la noche, puesto

el sol, la ESTRELLA ERRANTE se hallaba a cuatrocientas millas de la costa americana. ¿Qué navío hubiera podido rivalizar con ella?

Los cinco millonarios comenzaban a serenarse, y aun a entusiasmarse. Ahora les parecía posible la creación de una línea transpacífica, para el transporte de pasajeros. La prueba era evidente, incontestable. La navegación aérea, estaba asegurada, gracias a aquel invento portentoso.

Santos Dumont y sus competidores podían quemar sus globos y esconderse en un rincón. América los había vencido rotundamente.

Durante la noche, la ESTRELLA ERRANTE continuó su rapidísima carrera hacia Occidente, y los cinco americanos pudieron dormir plácidamente en los pequeños y graciosos camarotes dispuestos dentro del huso.

El domingo, la aeronave pasaba por encima del islote de María Lascara, enorme escollo perdido en el Océano Pacífico septentrional, habitado tan sólo por cangrejos de mar y por innumerables pájaros marinos.

Ya estaban a punto de dejarla atrás, cuando se produjo un incidente que había de tener más tarde funestas consecuencias.

Por una causa desconocida para los cinco millonarios, todas las hélices de estribor se detuvieron de improviso, mientras en el interior de la armadura retumbaron sordas detonaciones, por el lado donde alojábase la misteriosa máquina. El comandante del dirigible se precipitó hacia las válvulas, cerrándolas a toda prisa, mientras el negro desplegaba rápidamente un enorme paracaídas.

La aeronave había perdido el equilibrio, derribando a los cinco



(Continuad en el próximo número).

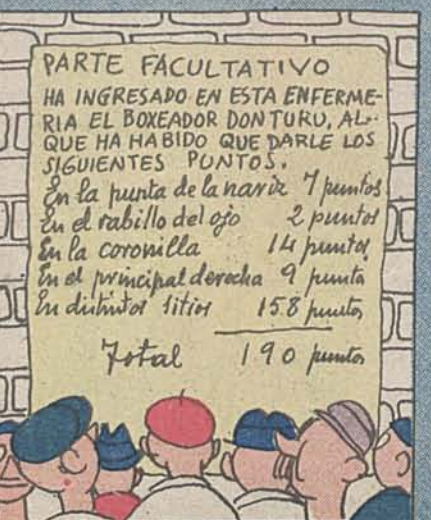
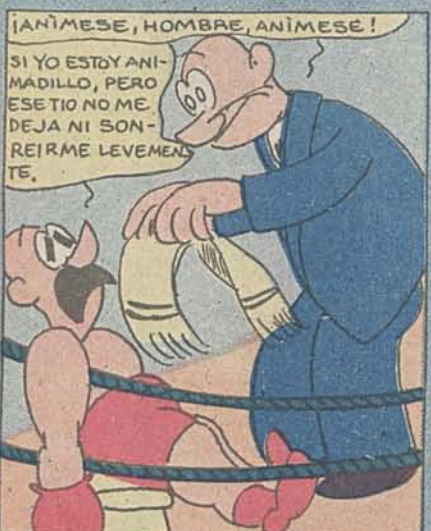
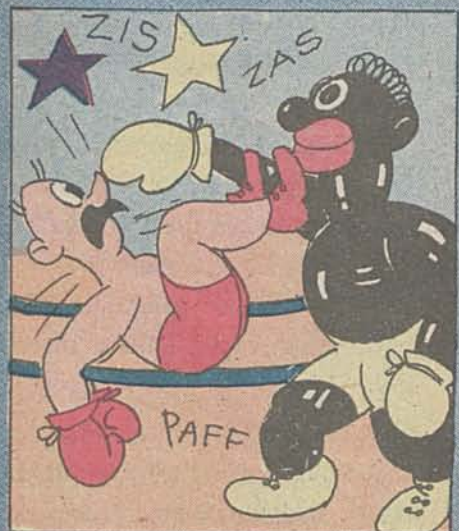
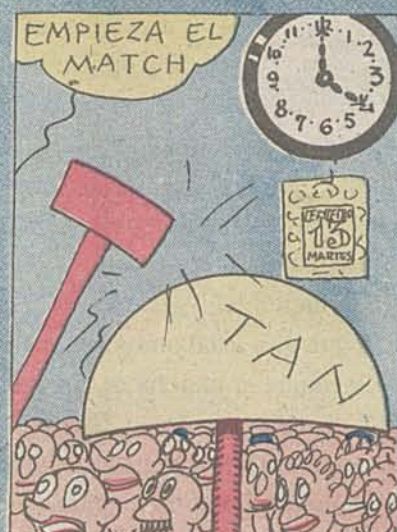


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



SUPONGO QUE GANARÁ USTED ESE MATCH DE BOXEO Y QUE ME CONVIDARÁ A MACARRONES

LO PRIMERO ES SEGURO, PERO LO SEGUNDO ES DUBITATIVO. (¡VAYA FRASE QUE LE HE COLOCADO!)





COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

BRAULIO EL TEMERARIO

Castillo



N la cima de una altísima montaña, cuya falda servía de asiento al pueblo de***, alzaba sus enhiestas torres un antiquísimo castillo, morada un tiempo del señor de aquella comarca.

En el pueblo se decía que por la noche salían del castillo ruidos de combate, y que, poco antes de la media noche, una luz brillaba a través de los ventanales de una torre.

A esta sazón llegó al pueblo un muchacho pobre y desvalido, que iba pidiendo limosna de puerta en puerta. Pero en aquel pueblo había poca caridad y todos los vecinos decían al muchacho: «En el castillo te socorrerán». El chico creyó de buena fe que en la fortaleza habitaba algún señor caritativo, y allá se encaminó, decidido a implorar comida y albergue.

Llegó, en efecto, a la caída de la tarde, y, con gran sorpresa suya, no vió en todo el castillo alma viviente.

—Me han engañado los del pueblo—se dijo—. Dios se lo pague. Bien podían haberme dicho que aquí nadie habitaba, y al menos no me hubiera fatigado en vano. Pues esta noche no la paso al sereno.

Y, diciendo esto, subió a la torre principal y penetró en el gran salón del castillo.

A los pocos minutos dormía a pierna suelta Braulio, que así se llamaba el infeliz.

Sonaron las doce en el reloj del pueblo, y al dar la última campanada se oyó por todas partes un estrépito de armas, y a poco desembocaron por todas las puertas de la sala multitud de guerreros vestidos a la antigua y con las viseras de los cascos caladas, de tal suerte, que era imposible distinguir sus facciones.

—¿Estamos todos?—preguntó un monje que llevaba una vela en la mano.

—Todos estamos—contestaron quinientas voces opacas como si salieran de la tumba.

A todo esto, el pobre Braulio había despertado y miraba la extraña escena, creyéndose juguete de un sueño.

—¿Ha venido algún vivo a turbar nuestro reposo?—volvió a preguntar el monje.

—Uno ha venido—exclamó el que parecía jefe de los guerreros.

—Traedle, y le juzgaremos—repuso el monje.

Cuatro soldados avanzaron al sitio en donde Braulio reposaba; pero éste, antes de que llegaran ellos, se puso en pie de un salto, y, avanzando hacia el presidente, habló de esta manera:

—Soy un pobre infeliz que con nadie se mete. Aquí me mandaron gentes de poca caridad; pero guardaos de meteros conmigo, porque tengo malas pulgas, y al primero que se acerque le voy a saltar un ojo de un puñetazo.

Una carcajada espantosa resonó, haciendo estremecerse el castillo.

—¿Cómo vas a saltarnos los ojos, si no los tenemos?—dijo

el fraile?—Descubríos, hermanos—añadió.

Y, dando él ejemplo, echó atrás la capucha y descubrió una pelada cabeza.

Todos los guerreros levantaron a un tiempo las viseras de sus cascos, enseñando las órbitas vacías, de donde partía un fulgor extraño.

—No me asustáis, caras feas—repuso Braulio valientemente—. Si no tenéis ojos, tenéis mandíbulas, y os las puedo saltar de una puñada. Los vivos me asustan, pero los muertos no. A todos os venceré con la ayuda de Dios.

No bien había pronunciado esta palabra, desaparecieron el fraile y los guerreros, quedando la sala tan oscura como antes.

—Estos muertos se conocen que son muy bromistas—dijo Braulio—; pero como me vuelvan a quitar el sueño, ya les daré que hacer un poco.

Dieron las doce y media; se oyó un crujido, y a poco una dama vestida de blanco y con una antorcha en la mano apareció y, dirigiéndose a Braulio, llamóle por su nombre.

Se incorporó el muchacho sin asustarse, y dijo con sorna:

—¿Otra bromita tenemos? A ver si me enfado de veras.

—¡Braulio! ¡Braulio!—gimió la dama—; ¡levántate y socórremel

—Enséñame antes la cara, no resultes tan muerta como mi abuelo.

—¡Miramel!—dijo la dama.

Y, levantándose la toca, dejó ver un rostro joven y hermoso, pero bañado en lágrimas.

—Eso es otra cosa—dijo Braulio—; si hay que hacer una obra de caridad, aquí estoy yo pero no me pidas dinero ni cosa que lo valga, pues, hija, no hay de qué.





—Por un misterioso poder estoy condenada a vivir desde hace ochocientos años esclava de esos condenados guerreros que has hecho huir con una palabra que a mí me está prohibido pronunciar.

—¡Caracoles! ¿Conque es usted una niña de ocho siglos? Como quien dice, casi una recién nacida.

—No bromees, que es un asunto muy serio en que se trata de tu vida y mi salvación. Si tienes valor, sígueme y trata de vencer los obstáculos que se oponen a mi muerte.

—¡Vaya!—exclamó Braulio—; vamos allá y suceda lo que quiera.

Echó a andar la dama, y Braulio detrás; pero, en el momento en que iban a salir de la habitación, dijo el muchacho:

—Un momento, Princesa, o lo que seáis. Usted sabe mi nombre, y yo no sé por quién ni para qué voy a arriesgar el pellejo.

—Es verdad; yo soy la hija del señor de este castillo, y, por haber dudado de la Providencia la noche horrible en que lo asaltaron e incendiaron, estoy condenada a vivir entre los muertos, mientras un hombre de fe no me redima.

—Eche usted adelante, señora, que va usted a ver lo que es bueno.

Bajaron una escalera de mármol, y al final de ella aparecía un subterráneo. Era el panteón del castillo, todo lleno de lápidas y mausoleos.

—¡Aquí está! ¡aquí está!—gritaron los muertos desde sus tumbas—¡Ven a morir entre nosotros!

—¿Morir?—exclamó Braulio—: ¡esas ganas tengo! Al primer fantasma que salga, lo divido.

Y cogiendo una espada de las manos de una estatua, se apercebó a la defensa.



—Mira—dijo la dama—, ¿ves ese reloj? Pues en él está lo que me tiene encadenada a la existencia:

—Lo haré trizas, y en paz.

—No hagas tal cosa. Espera a que den las horas, y, si consigues defenderme hasta el amanecer, estoy salvada.

—Pues que vayan sonando.

Sonó la una, y de la esfera del reloj saltó un enano provisto de

un palo, que esgrimía con decisión.

—Princesa, la una—dijo.

Y, enarbolando el garrote, quiso darla un estacazo; pero Braulio, antes que la Princesa recibiese el golpe, dió al enano una mano de palos que le obligó a saltar de un lado a otro, hasta que, por fin, se metió de cabeza en el reloj.

Al dar las dos, saltaron de la esfera dos furiosos mastines que se lanzaron sobre la

dama. Braulio los contuvo, y de dos golpes les hizo refugiarse en el reloj.



Al dar las tres, bajaron del reloj tres gigantes armados de mazas y se abalanzaron sobre Braulio, pero éste con la punta de la espada les pinchó, y los gigantes siguieron el camino de los perros. Por fin dieron las cuatro, y cuatro leones aparecieron dando formidables rugidos.

—Póngase usted detrás de mí—dijo Braulio a la Princesa.

En vano intentaron éstos saltar por encima del valeroso mancebo. En el aire mismo los ensartaba. Un solo minuto bastó para que los leones se escaparan, quedando Braulio dueño del terreno.

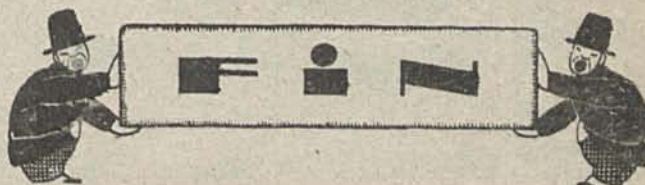
Por una claraboya del subterráneo asomó la claridad del día: comenzaba a amanecer, y la Princesa, dando un beso en la frente a su salvador, le dijo:

—Tú fe nos ha salvado. Ya puedo hablar con Dios. ¡Gracias, Dios mío! ¡Creo en tu providencia y en tu infinita misericordia!

Apenas dijo estas palabras, un resplandor de gloria iluminó el panteón, y la Princesa desapareció a través de la bóveda, arrebatada por una nube celestial. Un aroma delicioso se esparció por la cripta, y el reloj infernal estalló, no dejando ni rastro de su existencia.

Braulio subió de nuevo adonde pasara la primera mitad de la noche, encontrando, con gran asombro suyo, que la chimenea estaba llena de monedas de oro.

La fe es la antorcha que debe guiarnos en el mundo.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Díme, mi querido buho, ¿a ti te causan repugnancia los sapos?
—Si he de decirte verdad me repugnan extraordinariamente, amigo Chonón. ¿Y a ti?

—Con seguridad más que a ti, ¡Tiene tan pocos atractivos el pobre animalito!

—Yo creo que ninguno.

—¿Pero no crees que será interesante una charla dedicada a los sapos?

—Eso, desde luego. También la víbora es repugnante y, sin embargo, es curioso conocer su vida, sus usos, sus costumbres.

—Háblame del sapo. Todos mis sentidos son curiosidad y atención por oírte.

—El sapo es un animal que desde los tiempos más remotos ha tenido que sufrir la aversión general del hombre. Siempre ha sido perseguido con encarnizamiento aunque desde luego sin razón para ello.

—¿Sin razón? ¿Pues no acabas de decirme que te repugna extraordinariamente?

—Eso no es una razón para que yo lo persiga. El animalito tiene, a pesar de esa repugnancia, derecho a su vida, y mientras él no se meta conmigo, no tengo yo por qué hacerle daño alguno.

No dejas de tener razón, querido buho.

—Claro, que no. Al lado de esta repugnancia hay que colocar la utilidad que el sapo reporta a la agricultura. Destruye gusanos, insectos y hasta pequeños vertebrados que son dañinos a las plantas, y esta labor, como tú comprenderás, hay que agradecerse. ¿No te parece?

—Estamos en un todo de acuerdo. No sabía yo que el sapo proporcionase estos beneficios y por eso hablaba tan mal de él.

—Este batracio, que constituye la especie más numerosa de la familia, es un animal en extremo frío y húmedo, blanduzco y feo. No consiente que se le toque, pues en cuanto nota el menor roce del hombre suelta un líquido que produce irritaciones en la piel pero que no es tan peligroso como generalmente se cree. Desde luego puede asegurarse que el sapo no puede causarnos daño grave alguno.

¿Estás muy seguro de ello?

—Segurísimo. En muchos países saben de sobra que el sapo produce más beneficios que perjuicios y lo respetan. Ese animal no tiene dientes; sus formas son rugosas y pesadas, las patas gruesas y desproporcionadas, casi iguales en longitud, y la piel, cubierta totalmente de glándulas, presenta muchas ampollas.

—¿Hay sapos en España?

—Parece que me haces la pregunta con cierto temor. No es la cosa para tanto, Chononcito. Los hay no solamente en España sino en las cinco partes del mundo. Únicamente no se les conoce en Australia.

—¿Qué a gusto deben de vivir los australianos!

—Lo mismo que tú. ¿Te ha molestado a ti alguna vez un sapo?

—A mí, no.

—Pues ya ves como no es para inquietarse lo más mínimo. Los sapos son más numerosos en las regiones cálidas que en las frías, viven largas temporadas en el agua y son animales nocturnos que abandonan rara vez sus

escondites. Nadan muy mal y casi se arrastran por el suelo en vez de saltar como hacen las ranas. Se alimentan de parásitos de muchas clases. Necesitan comer mucho y de ahí la utilidad para la agricultura de que antes te he hablado. Si en los lugares húmedos, donde desde luego viven con preferencia, están escasos de alimentación, se trasladan a sitios secos, pues pueden pasar mucho tiempo sin humedad, y en cambio sin alimento, sucumben pronto.

—¿Son muy grandes estos bichos?

—El sapo vulgar puede alcanzar bastante tamaño, es decir de ocho a doce centímetros de longitud por seis o siete de ancho. Su color es gris rojo o pardo rojo opaco, que a veces tira al verde de aceite o al negro, con manchas oscuras algo marcadas. El iris de ojo es de un rojo brillante de naranja. Siempre que le es posible elige los sitios húmedos y frondosos apeteciendo para colocarse la sombra que proporcionan las plantas de hojas muy bajas y muy anchas. Muestra gran predilección por las yerbas de olor fuerte, tales como la salvia y la cicuta. Como verdadero animal nocturno ocúltase siempre de día, a no ser que alguna lluvia acabe de humedecer el suelo y las nubes cubran el sol, que tanto les molesta. En tales casos salen también de día en busca de su alimento, aunque rara vez. Su vida activa no comienza hasta bastante tiempo después de la puesta del sol. Torpe en sus movimientos, apenas es capaz de dar grandes saltos; es pesado y evita viajes muy largos. Es muy curioso observar cómo el sapo da caza a su presa.

—¿Tú lo has visto?

—Ya sabes que yo soy un observador formidable. Una cosa tan interesante no podía escapar a mi curiosidad. El sapo divisa en la sombra todos los animalitos por cualquier lado que se acerquen y tan pronto descubre una presa comienzan a brillar sus ojos y se dirige con extraordinaria rapidez sobre ella.

—¿No decías que era torpe de movimientos?

—Pero el hambre da mucha agilidad. Al llegar a cierta distancia se para, fija su mirada en la víctima, saca la lengua rápidamente, coge con ella el insecto, lo introduce en la boca y lo devora al instante. Si el bocado es demasiado grande, se lo empuja ayudándose con las patas delanteras. Una vez consumida la presa vuelve tranquilamente a su oculto observatorio para ponerse de nuevo al acecho.

—¿Viven mucho tiempo los sapos?

—Mucho. Y desde luego su vida es más larga si se hallan en cautividad, que estando libres. En el primer caso ha habido animalito de estos que ha llegado a los treinta y seis años, y en vida libre llegan hasta los quince o dieciséis.

—¿Y a que atribuir tan larga vida?

—Principalmente a que es animal que apenas tiene enemigos pues todos temen a la venenosa secreción de sus glándulas. El peor de todos sus enemigos es el hombre que los persigue y los mata, perjudicándose a sí mismo, pues a los campos reporta el sapo grandes beneficios.

—Me alegro mucho de haber oído tu charla porque así desterraré para siempre el concepto tan adverso que tenía de estos bichos.

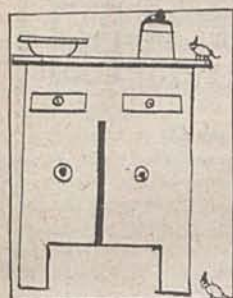
—Y harás bien, querido Chononcito.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MARZO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Las ratas huelen comida
Luz Sevilla, 10 años



Chapete
Mari-Lola Buján



Daolz
Victoriano Pardo



Mi gatito disfrazado
M.ª Ella Sancho



Mi hermanita
R. Losada



Sancho Panza
Emilia Orija



De mi huerto
José Llácer



Mi hermana
Aurorita
J. Losada



Mi papá a caballo
Rosario Losada



Mi lorito
C. Martínez
11 años



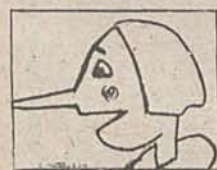
Buenos compañeros
Rafael Uribe



Rafael Melero
El criado
de mi casa



Ciento por hora
Gaspar Sabater



Pinocho
Rafael Uribe



Un paisaje.—María Caro, 13 años



Jarrón de flores
María Caro



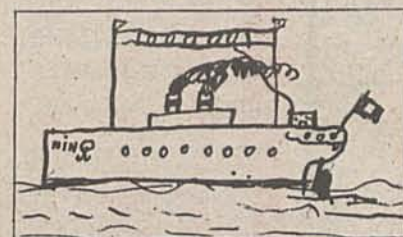
Pinocho leyendo
A. Laborda, 9 años



Apunte
Guillermo Barrera



Madre de Tina y Ten
Rafael Melero



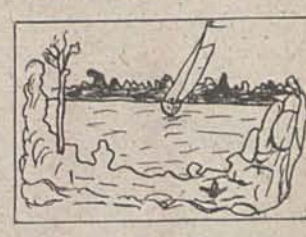
Mi barco.—Adriano Rubio, 9 años



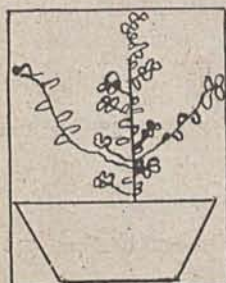
Fiamencos.—M.ª Antonia Soler



Una pajarera.—R. A.



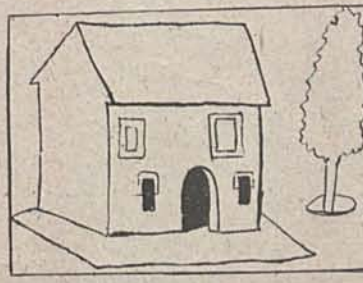
Un lago.—María Caro, 13 años



La maceta de mi casa
Angel Laborda

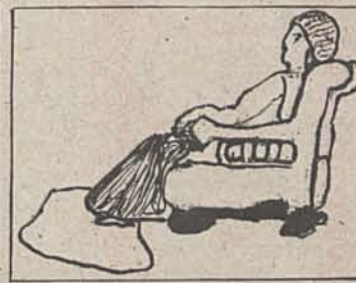


El Presidente de Costa Rica
Paco Carrera



La casa de Pinocho.—

Angel Laborda



La abuelita de Pirula
Alfonso Villanueva, 9 años



Día de campo
Popiña Alcázar

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LAS CERILLAS PRODIGIOSAS



Aquí tenéis un cuadrado formado a la vez de cuadrados. Como podéis ver está hecho con cerillas. Vosotros si queréis lo podéis hacer con alfileres, con palillos para los dientes o con lo que se os ocurra. El caso es formar un cuadrado que a su vez esté compuesto por nueve cuadrados... Claro que para lo que os voy a decir no hace falta que os toméis el trabajo de formar el tantas veces dicho cuadrado, sino que sobre el mismo dibujo podéis operar. Se trata de formar seis cuadrados quitando solamente cuatro cerillas. Creo que no os resultará difícil, animosos pinochistas. Y lo creo porque en otras más árduas empresas habéis salido victoriosos.

Por lo tanto a trabajar sin miedo y que el éxito corone vuestros esfuerzos.

CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES 263
DE MARZO

Envío del Pinochista D.

.....

.....

.....

LOS CINCO ANIMALES DESCONOCIDOS



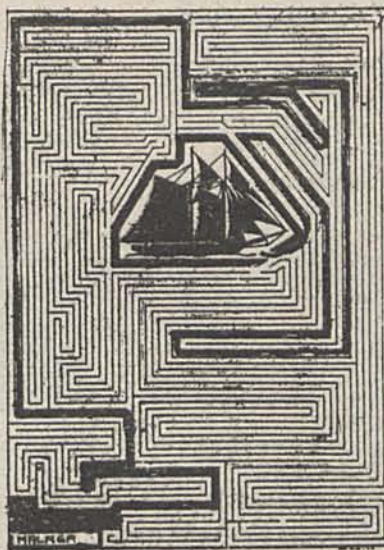
Desconocidos para nosotros en el momento actual, pero no tanto cuando con ayuda de un lápiz logremos desentrañar de entre esta enmarañada mescolanza a los cinco animalitos en cuestión. Todo es cuestión de paciencia y calma. Un lápiz bien afilado, mucha vista y una serenidad grande son las condiciones necesarias. Lo demás vendrá solo.

SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

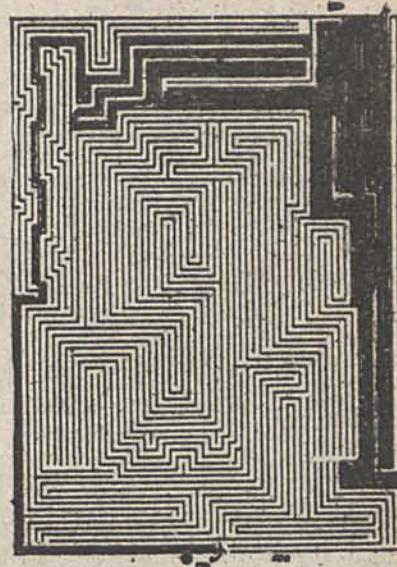
DIBUJO CON ERRORES Núm. 235

- Núm. 1.—La péndola del reloj está torcida.
Núm. 2.—A un jamón le falta el cordel que le contiene en el gancho
Núm. 3.—Un trozo de tocino está en el aire
Núm. 4.—La pena está en el aire.
Núm. 5.—La báscula no puede estar en ese sitio.
Núm. 6.—Una cuchilla está colgada por donde no se puede colgar.
Núm. 7.—Hay dos ganchos para abajo.
Núm. 8.—El de los lentes tiene un puño distinto del otro.
Núm. 9.—La cuchilla que hay sobre la mesa se cae.
Núm. 10. La gorra del chico está torcida.
Núm. 11.—La visera no tiene rayas.
Núm. 12.—Un zapato es distinto del otro.
Núm. 13.—Un taburete tiene un aro blanco.
Núm. 14.—A la señora le falta una bocamanga.
Núm. 15.—La mesa en que están los chorizos tiene las patas desiguales.
Núm. 16.—El reloj de pared es muy desigual de forma.
Núm. 17.—Los focos son desiguales.

LA CARABELA



LOS TRES CÍRCULOS



LOS TRES PERROS



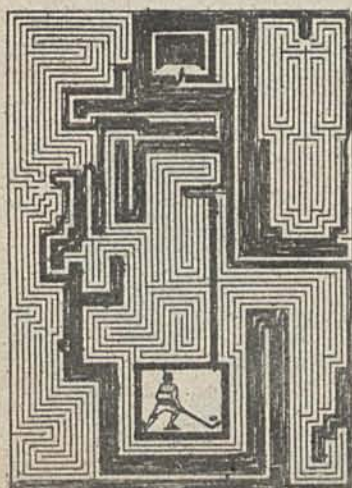
EL TALISMAN



LA ENCRUCIJADA



¡GOAL!



LOS PATITOS





Sección Pirula

Charles de Pirula... bordadora

Las Mantelerías de Teresita

Cuando Teresita recibe a sus amigas...

(¡Ajá! aquí tenemos un diminutivo de Pirulinda que se comprende en seguida. Si todas mis lectoras llevasen nombres con

diminutivos tan sencillos, yo no necesitaría explicármelos nunca. Verdad es que entonces tendría menos que charlar).

Cuando Teresita, digo, recibe a sus amigas, tiene cuatro grandes motivos de satisfacción: el primero consiste naturalmente en verlas, pues las quiere a todas, a Chuli, a Mimi, a Datina, a Chelin, a Petita, a todas, en fin, por igual.

El segundo motivo es lo que se divierten jugando como unas locuelas y charlando más que... más que Pirula, que ya es charlar.

El tercero es la riquísima merienda que les ofrece y que, naturalmente, comparte con ellas; más de una vez figuran en esta merienda golosinas que salen de esta Sección mía; es decir, las golosinas salen del horno, pero su receta sale de la sección; por ejemplo, las últimas pastas que os indiqué (¿os acordáis? la tarta y las pastas «s. s.») están obteniendo un gran éxito en estas reuniones de tan distinguidas «damas».

El cuarto motivo de satisfacción que estas meriendas proporcionan a Teresita es, para nosotras, el más interesante de todos: consiste en que la permiten lucir sus habilidades como bordadora y aunque una no sea vanidosa, nunca está de más que las amiguitas de una (de dos y de tres y de cuatro) sepan que una tiene dedos dignos de Aracnea.

(Aracnea era como sabéis una bella princesa griega que, según la leyenda bordaba tan maravillosamente que una diosa envidiosa de sus habilidades, la convirtió en insecto; pero bajo esta nueva forma la pobre princesita siguió tejiendo encajes de una delicadeza ideal, porque el insecto en que había sido convertida era... la araña, cuyas ágiles y ténues patitas no eran menos primorosas que habían sido sus finos dedos de princesa).

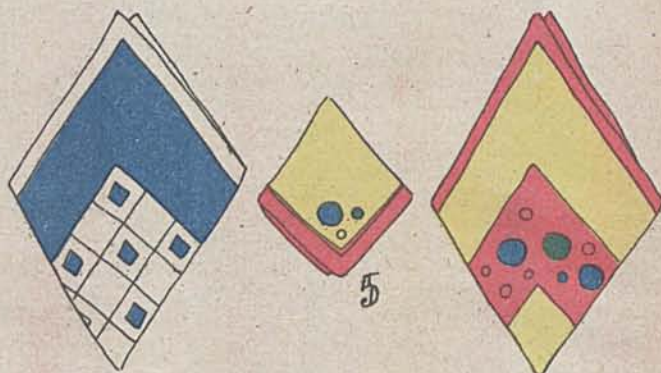
Tan hábil es Teresita en el arte del bordado que no se contenta con adornar sus delantales con algún que otro motivo fácil, bordado a punto de cordón o de cadeneta, ni con festonear sus pañuelos. Ella necesita grandes empresas y se ha aficionado a bordar, mejor dicho a confeccionar ella sola, nada menos que mantelerías completas.

Ha ido reuniendo, a fuerza de aplicación, de habilidad y de buen gusto, un surtido precioso y variadísimo de mantelerías de diferentes colores y adornos.

Son todas de *toile* de hito bastante gruesa, lo cual tiene dos ventajas esenciales: la primera es que es algo más económica que la misma tela, fina; la segunda es que se borda en ella con más facilidad y rapidez.

Aparte de la calidad de la tela, son todas distintas; os describiré algunas para el caso de que os animéis a copiarlas. En esta misma página, las podéis ver.

El número 1, es amarillo limón; está adornado con una tira de igual tela, pero en un color azul fuerte; tres trocitos cuadrados de esta tela azul, van incrustados en las esquinas. Ni que decir tiene que la tela azul va incrustada con una Vainica.



Estas tiras y trozos de tela azul, han sobrado de otra mantelería que es azul (número 2), y va adornada con un jaretón blanco y, en las esquinas, un cuadro blanco con un cuadrado de tela de otro tono de azul, mucho más oscuro.

El número 3 es blanco, pero con un ancho jaretón de color verde almenara, cuya pegadura es en forma de almenas.

El jaretón almenado del número 3, ha sido tomado de la mantelería número 4 que es verde con dos jaretas de las cuales la primera, ancha, es blanca y la segunda, estrecha, es azul oscuro, o sea que está hecha con igual tela que la que forma los cuadrillos que adornan las esquinas de la mantelería número 2.

En fin, el número 5 es el más complicado y original de todos (esto no quiere decir precisamente que sea el más bonito); es color crema y va adornado con un jaretón rosa y con lunares de diferentes colores, aplicados a punto de festón.

Las mantelerías 1, 3 y 4 tienen el mantel igual a las servilletas, por lo cual solo os presento el modelo de las servilletas; pero el 2 tiene, en las servilletas un solo cuadrado en una esquina, mientras que en el mantel los cuadrillos adornan todo el centro; y en el número 5 las servilletas tienen solamente tres lunares de diferentes tamaños en una esquina, mientras que en el mantel hay una franja muy ancha llena de lunares multicolores; por eso os presento los números 6 y 7 que son los manteles correspondientes a las servilletas 2 y 5.

